

RECENSIONES

El fin de la Prehistoria. Un camino hacia la libertad

TOMÁS HIRSCH

Madrid, Tabla Rasa Libros y Ediciones, 2007.

Algunos autores y académicos latinoamericanos, preocupados por la realidad que salta a sus ojos y probablemente motivados por cierto sentimiento de impotencia que los hace cada vez más críticos, se han embarcado en la ardua, acertada y además meritoria labor de intentar definir y explicar algunas de las dinámicas impulsadas por el capitalismo en la actualidad, modelo que –para bien y para mal– ha traído a nuestros países un sinnúmero de consecuencias. Tales dinámicas han dado origen a una serie interpretaciones, que van desde posiciones totalmente críticas –incluso antagónicas–, pasando por percepciones eclécticas que rescatan algunos aspectos positivos y critican los efectos perjudiciales, y desembocando en posiciones de total apoyo al modelo económico vigente, con todas sus consecuencias, aceptadas, entre otras cosas, como simples secuelas inherentes al modelo, y que en algún momento futuro –según ellos– serán compensadas, quién sabe de qué manera.

En esta ocasión, trataremos el libro de Tomás Hirsch, *El fin de la Prehistoria*, que perfectamente puede encajar dentro de una versión crítica del mundo moderno. En general, el libro nos ofrece una serie de reflexiones acerca de cómo y por qué se ha ido dando forma a lo que conocemos hoy como sociedades capitalistas, además de indagar por el papel que han jugado cada uno de los diferentes actores, políticos y sociales, los cuales, dicho sea de paso, se encuentran inmersos dentro del terreno soberano del mundo económico, y sujetos además a los designios todopoderosos de su principal instrumento: el capital financiero. De esta manera, según el autor, se ha flagelado todo intento de los pueblos por la búsqueda de su libertad y de su libre determinación, condicionando cualquier tipo de decisión y de implementación política a la *buena fe* de algún agente que se encuentra, en la mayoría de los casos, por fuera de las fronteras de los países que deben tomar las decisiones.

El libro consta de dos grandes bloques, cada uno de ellos conformado por cinco capítulos. En la primera parte, el autor realiza una especie de *estado del arte* de la situación de Latinoamérica tras el avance abrumador de todos los fenómenos concomitantes a la globalización y el neoliberalismo, analizando profundamente las consecuencias de dichas políticas implementadas y dirigidas desde afuera, por personajes ajenos a nuestra realidad. Hirsch es claro desde el inicio del texto en mostrar el horizonte de sus reflexiones, la piedra angular de las cuales es el Nuevo Humanismo. Desde allí, construye sus ideas con un claro referente: el ser

humano debe estar antes que todo, en cualquier tipo de decisiones que afecten su desempeño como ser social.

Vale la pena destacar algunas de las ideas principales presentes en esta primera parte del libro. El autor parte de una reflexión sobre el mito de Sísifo para hacer evidente la tragedia de las sociedades latinoamericanas ante la imposición de un sistema globalizado, dentro del cual las mayorías no sólo deben afrontar una carga bastante onerosa, sino que además afrontar tal carga por un camino absolutamente escabroso. Esta realidad latinoamericana se ve aún más oscura por dos aspectos adicionales.

Por un lado, la realidad nos lleva a pensar que no hay mucho por hacer y, por ende, se tiende a asumir una actitud pasiva. La razón: los personajes a quienes elegimos para que actúen y tomen decisiones por nosotros se siguen equivocando y, en algunos casos, permanecen inermes ante la catástrofe social que vivimos. La verdad –dice Hirsch– es que ellos no pueden hacer nada, están allí cumpliendo órdenes, simplemente dejan pasar y dejan hacer porque están sujetos a un poder económico supremo, dentro del cual ellos alcanzan a salir beneficiados con algunas de las migajas que sobran de la mesa de los “señores del dinero”, quienes deben asumir el costo de dicha traición de las élites políticas. En segundo lugar, el sistema ha sido efectivo en difundir lo que el autor denomina como violencia económica, es decir, aquella generada por la falta de oportunidades de acceso para muchos ciudadanos a unas condiciones básicas para vivir dignamente.

Con la unión de la violencia económica y la violencia tradicional históricamente presente en nuestras sociedades, se ha terminado por lastimar profundamente nuestro tejido social, profundizando todo tipo de conflictos.

Ante este panorama inmerso totalmente en una homogenización sistémica violenta, Hirsch –basado en los principios humanistas– lanza una clara propuesta. Es el pueblo el que debe salir de su letargo, asumir un papel activo y de una vez por todas reclamar airadamente ante la situación actual. Con la ayuda de la izquierda, en un marco no violento y democrático de verdad, apelando a un proyecto conjunto como eje de trabajo, se debe construir un cambio social que recupere nuestros lazos de organización ciudadana. Tal vez así podamos recuperar nuestra diversidad, soslayada dentro de aquella atmósfera entrópica no fortuita, que tanto daño ha hecho a Latinoamérica.

Más adelante, en la segunda parte del texto, el autor nos ofrece una especie de itinerario de camino para lograr una transformación social real. Algunas de las ideas enunciadas en la primera parte se vuelven a hacer presentes, ahora con un claro espectro de cambio, es decir, la

idea del autor es contribuir a responder a las preguntas que quedan tras la lectura de la primera parte, que básicamente apuntan a responder: ¿qué se puede hacer ante tan adversa situación? y ¿es reversible este proceso enraizado ya en nuestras sociedades desde hace tanto tiempo? Al respecto, todo indica que Hirsch es optimista. Para él ha llegado el momento del cambio, ese anhelado instante, en el que, tras un impulso voluntario y unilateral, las gentes se movilizan y asuman un compromiso verdaderamente renovador, no sólo para mejorar su propia situación, sino por encontrar aquella naturalidad inherente al ser humano, que lo hace diverso y que lo obliga a buscar alternativas que lo alejen de la parsimonia y de la homogenización. Algunos hechos recientes, hacen pensar al autor que dicho evento puede no tardar mucho tiempo en ocurrir.

En este sentido, Hirsch menciona algunas de las posibles etapas de un proceso de cambio, permítasenos entonces hacer mención de algunas de ellas. Cuando aquel impulso inicial sea recibido desde los pueblos, se debe iniciar un proceso de cambio total de la estructura de poder político en los diferentes países, empezando por una desconcentración del poder. Esta alteración del orden debe partir de una concientización de las personas acerca de la precariedad y torpeza del orden político actual. De esta manera se puede llegar a perder el miedo y el respeto por aquellas élites que nos han traicionado y, por ende, dejar de percibir esperanzas de cambio que nunca van a llegar, por lo menos, provenientes de algunos de los líderes actuales.

Para que se de la mejor manera este proceso de cambio político-social, y además se logre avanzar en la resolución una de las principales preocupaciones del autor, esto es, salir de la Prehistoria —aquella instancia letárgica que limita el mejoramiento de las condiciones del gran grupo de población que se encuentra apartado del crecimiento económico y de los maratónicos avances de la ciencia y la tecnología— se deben, entre otros, llevar a feliz término las siguientes acciones. En primer lugar, Hirsch le atribuye un papel importante a las nuevas generaciones para desenmascarar al poder dominante y para atreverse a dar ese paso crucial hacia la recuperación de la subjetividad y la diversidad, apartándose de aquel paternalismo dañino que por siglos ha golpeado a nuestro continente.

Por otro lado, la sociedad debe recuperar la preocupación por los problemas reales del ser humano y desprenderse del arraigo al dinero, rescatando la reflexión espiritual y los espacios individuales como punto de partida para generar la conciencia social necesaria para encaminar todos esos esfuerzos individuales hacia la transformación de aquel monótono sistema y hacia un sistema diverso, subjetivo, equitativo y enmarcado en un ambiente de libertad.

Por último –y concomitante al cambio político–, posiblemente dejando de lado algunos puntos importantes, se quiere resaltar la importancia que le atribuye el autor a la recuperación de los recursos naturales como fundamento de soberanía y como estrategia de redistribución, mitigando, de esta forma, los procesos de acumulación propios de los bancos y de ciertas empresas de espacio internacional. El nuevo modelo debe permitir constituir empresas en las que los trabajadores sean los gestores del destino de las misas, restringiendo, de alguna manera, la descarada política especulativa de los bancos.

El libro termina como empezó, haciendo un llamado –clamor si se quiere– por la recuperación de la autonomía de los pueblos y la búsqueda de las reflexiones individuales e incluso espirituales como constitutivo esencial de un posible proceso de cambio.

Algunos breves comentarios

Sería difícil hacer una serie de críticas a un libro que, por lo demás, resulta tan fiel a nuestra realidad. Sin embargo, se pretende en las líneas posteriores evidenciar algunos elementos de análisis que tal vez podían haber sido incluidos dentro del texto y que, desde nuestro punto de vista, enriquecerían el análisis. Es posible, además a partir de los posteriores comentarios, establecer algunos posibles lazos de interconexión entre éste y otros autores y trabajos al respecto, con el objetivo final de dejar abierta la discusión y de motivar posteriores temas de trabajo.

Para empezar se debe decir que resulta pertinente la inclusión del capital financiero –especulativo– como principal elemento gestor de algunas de las dinámicas perversas de la globalización; para nadie es un secreto la importancia que éste presenta para los intereses de algunos agentes y los desastrosos perjuicios que le ocasiona a otros. Sin embargo, resultan algo paradójicos dos elementos observados en el texto. Por un lado, el autor pudiese haber utilizado una denominación más certera para tal fenómeno, como lo es la financiarización. Aunque posiblemente se encuentre implícito el término dentro de las explicaciones conceptuales del fenómeno, hubiese sido apropiado definirla con toda la claridad del caso. No se trata simplemente de una aclaración semántica, sino más bien de una rigurosidad en los términos. La financiarización no es un fenómeno marginal, es un proceso totalmente documentado y explorado por no pocos autores, y hace parte de la agenda de trabajo de universidades y centros de investigación por todo el mundo.

Por otro lado, se tiene que decir aquí que, si bien se hace mención de algunos de los organismos proclives a impulsar todas estas dinámicas, no se nombra el papel activo que ha jugado Estados Unidos

dentro de los procesos mencionados. Probablemente la influencia más fuerte toma fuerza a través de multilaterales y de algunas empresas, pero Estados Unidos siempre ha jugado un papel medular en estos procesos de invasión del capital financiero en desmedro del productivo. Las pretensiones expansionistas de Estados Unidos siempre han tenido presente a Latinoamérica como un foco de inversión. El pretexto: las ya bien conocidas ayudas externas, que se convierten en un instrumento que va más allá de las relaciones bilaterales, para convertirse en un condicionante para la implementación de políticas, irrumpiendo en la soberanía de nuestras naciones y prácticamente poniendo nuestros gobiernos para su servicio personal, todo esto dentro de una atmósfera de seguridad continental.

Un comentario adicional tiene que ver con las posibles vías de acción que se pueden –y se deben– tomar para salir de la precaria situación que atraviesan nuestros países, tanto política como socialmente. El autor arguye que los pueblos deben ser los gestores del cambio a través de su propia iniciativa y de la determinación propia de un despabilamiento que les permita entender la situación, y por ende reaccionar. A partir de allí, se dan una serie de pautas adicionales para desarrollar el proceso de cambio social. Hay que decir que se comparte la pertinencia de estos instrumentos como desarrollo de una estrategia de cambio, y no queremos desconocer que son un excelente punto de partida. No obstante, no podemos aceptar que se piense en dicho camino como una especie de receta que se pueda aplicar indiscriminadamente a todos los países. Sería discutible si se pensara que un proceso de tales proporciones funcionase de la misma manera en un país como Colombia, y en Brasil, de hecho, es discutible que funcione de igual forma en dos naciones, cualesquiera que ellas sean.

Se deben tener como base algunos de los aspectos mencionados como parte de la estrategia, pero no podemos olvidar las particularidades que posee cada uno de los países. Con estos puntos como base podemos pensar en unos posibles esquemas adicionales que resuelvan aquellos problemas particulares que sufren nuestras sociedades. Pensar en que se pueden resolver los problemas de nuestros países con el mismo instrumental sería tan grave como seguir inmersos en la trampa del capitalismo, estaríamos dispuestos transitar de nuevo aquellos caminos que ya hemos explorado dolorosamente tras la implementación de ciertas políticas inadecuadas.

Dicho en otras palabras, no podemos soslayar las diferentes prácticas culturales de nuestras comunidades, la formación de conocimiento local y las identidades espaciales que surgen de la interacción de individuos con objetivos comunes, experiencias todas ellas que condicionan el

funcionamiento de las colectividades y que en su desarrollo dan origen a complejos problemas que difieren de país a país.

Podemos para este momento hacer un comentario general. El libro responde a la inquietud del autor por tratar de mostrarnos con lujo de detalles la situación preocupante por la que pasan muchos países –incluso desarrollados– con el advenimiento de la globalización y todo su arsenal práctico y discursivo. Se convierte en un punto de vista crítico acertado en muchos aspectos, por cuanto pretende dar una mirada a estos fenómenos acudiendo a elementos propios del humanismo que son obviados por otros análisis disciplinarios diferentes, pero que tratan de buscar las mismas respuestas.

En el afán de buscar posibles salidas a estos problemas inherentes a las sociedades humanas, diferentes disciplinas han tomado caminos aislados conduciendo a una dificultad dialógica entre las mismas y a la insuficiencia de sus respuestas. La existencia de una visión del mundo propia de cada corriente puede ser valiosa si se llega a un complemento teórico que refleje actitudes reflexivas para orientar una perspectiva que genere buenos resultados en la búsqueda de tan anheladas respuestas.

En suma, la obra de Hirsch es un excelente punto de partida para abordar estos problemas y, mejor aún, para empezar a buscar las respuestas. Si la globalización resultó ser un mal negocio, es a partir de análisis consensuados que podemos empezar a construir soluciones satisfactorias para cada uno de los países, y a elaborar planes alternos que enmienden las fallas del modelo vigente. Es un trabajo arduo, tal vez de mucho tiempo, y además con la probabilidad de llegar a resultados peores, sin embargo, es en esa tarea donde debemos enfocar nuestros esfuerzos y en esa tarea donde las ciencias sociales tienen bastante trabajo por hacer.

HUGO FERNANDO GUERRA URREGO

Politólogo Universidad Nacional de Colombia

* *

•
* *